

Reduendes Olmedo, Guillermo  
Reseña de "Teoría de los sentimientos" de C. Castilla del Pino  
Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. 21, núm. 77, 2001, pp. 154-163  
Asociación Española de Neuropsiquiatría  
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019674016>

**REVISTA**  
*de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*

*Revista de la Asociación Española de  
Neuropsiquiatría,*  
ISSN (Versión impresa): 0211-5735  
aen@aen.es  
Asociación Española de Neuropsiquiatría  
España

que retratar los hechos de los que sacar conclusiones. No hemos de olvidar a este respecto la magnífica utilización que hizo en su trabajo de las técnicas fotográficas plasmada en la serie de *Iconografías fotográficas de la Salpêtrière*. Como gran aficionado al arte, a los largo de los años fue capaz de reunir una espléndida colección de obras que colgaba en las paredes de su gabinete, en los muros de la Salpêtrière y en su propia casa, y que a modo de instantáneas le suministraron el apoyo necesario para apoyar sus tesis en las «visiones» de los grandes maestros: «Al artista, pintor, escultor, actor, le falla todo recurso que no sea la observación exacta de la naturaleza. Pues no basta sólo con deformar a placer y afear a voluntad; bajo esta incoherencia aparente hay una razón oculta que pone de relieve un proceso mórbido y en la naturaleza de las deformaciones parciales o de las contorsiones de conjunto así como en el modo de sucesión y de agrupamiento de todos estos fenómenos encontramos, tal como lo demuestran nuestros estudios sobre las obras de los maestros antiguos y modernos, pruebas indiscutibles de un orden preestablecido, toda la constancia y la inflexibilidad de una ley científica». De esta forma *Los endemoniados en el arte* puede considerarse una buena muestra de la doble vertiente de Charcot, médico y artista, que supo compaginar admirablemente los dos campos.

Para terminar, he de alabar esta edición, de pulcra traducción y que cuenta además con una fina introducción, ambas de Angel Cagigas.

María Eugenia Amaro

Deseo de sujeto: el sentimiento creador  
C. Castilla del Pino, *Teoría de los sentimientos*, Barcelona: Tusquets, 2000; 377 págs.

*Y habiendo sido tantos  
¿Acabará por fin en ser ninguno?  
De este pobre Unamuno  
¿Quedará sólo el nombre?*

Miguel de Unamuno

Umberto Eco explica cómo sería su lector ideal: alguien capaz de integrar la lectura de su texto en su visión general del campo teórico al que la obra hace referencia y, a la vez, en la particularidad de sus prácticas diarias. El último libro sobre los sentimientos de Castilla del Pino nos ofrece a los psiquiatras la posibilidad de tal lectura. Frente a los escritos pseudo evidentes de las DSM o las predicas retóricas de la salud mental comunitaria (constituida por una práctica sin teoría), el texto de Castilla del Pino tiene la ambición de teorizar sobre el Sujeto y el papel de los sentimientos en su arquitectura. Aunque se trata precisamente del punto axial de cualquier teoría psiquiátrica, lo cierto es que tiende a eludirse en las publicaciones al uso; lo habitual es operar con estos mismos conceptos sin aclarar a qué hacen referencia.

Sin duda se requiere ambición teórica para afrontar tal objeto de estudio, una ambición que exige ser correspondida por parte del lector con esfuerzo de atención y rigor crítico a fin de comprender la afirmación central del libro: el sistema sujeto resulta “imprescindible” para una teoría de los sentimientos o de la conducta humana

## LIBROS

en general. En efecto, esto parece chocar de entrada con la negación del sujeto por las ciencias duras del cognitivismo o la neurofisiología hoy dominantes. Estas disciplinas continúan una tradición contraria al sujeto cuya inauguración simbólica refleja la siguiente cita de David Hume:

En lo que a mí respecta, siempre que penetro más íntimamente en lo que llamo «mi mismo» tropiezo en todo momento con una u otra percepción particular, sea de calor o frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o de placer. Nunca puedo atraparme a mí mismo en ningún caso sin una percepción y nunca puedo observar otra cosa que una percepción... es posible que otro pueda percibir algo simple y continuo a lo que llama su yo, pero yo se con certeza que en mi no existe tal principio.

Frente a esta comprensión del sujeto humano como un haz de percepciones más o menos cohesionado por la memoria que posibilitaría la continuidad de la referencia a un yo agente en función de los “ídolos sociales”, Castilla del Pino enlaza con las tradiciones cartesianas –despojadas eso sí, como dice en su texto, de cualquier tinte espiritualista. A partir de la idea de un dualismo funcional se plantea la necesidad, según nuestro autor, de postular la existencia de un SUJETO que mantenga la Memoria Episódica –que piense su yo de ayer para existir como pensador de un yo actual– y que da continuidad a los Yoes que el sujeto fabrica para cada actuación.

Este sujeto constituye básicamente “el mundo según fulanito”, la condición de posibilidad de una autobiografía que, precisamente por estar llena de autoengaños o limitaciones (en *La cartuja de Parma* Fabricio no sabe si participó o no

en la batalla de Waterloo o si venció el emperador, su visión parcial de lo acontecido convierte a Fabricio en sujeto), siempre propone una visión particular sobre el mundo, como dice Heller en su reciente texto sobre la muerte del sujeto.

El valor de esa posición acerca de la existencia de un sistema sujeto –como hipótesis improbable similar a tantas otras de la física, nos dice Castilla del Pino– que funciona desde el cortex prefrontal y se expresa como “alma encarnada en el rostro” y fabricante de yoes para la actuación, se objetiva por su contraste con aquellas otras tesis antagónicas que se plantean, como reza el título del ensayo de Damasio citado por Castilla del Pino, en contra del “error de Descartes”.

Damasio, al igual que Dennet y los principales filósofos de la mente, se burla de la “neurona pontificia”, sucesora de la glándula pineal, que ordena una acción tras examinarla en un escenario cartesiano donde nuestras percepciones se representan para ser captadas, burla que continúa respecto a la existencia de un “decididor último” o ejecutor central de nuestras conductas. Todas esas figuras del sujeto pueden ser duplicadas en otra entidad que controle “al sujeto del sujeto” que a su vez este sujeto por otro director de la actuación, según un juego infinito de atribución de dirección de conductas. Se trata, claro, de un remedo de la conocida objeción aristotélica del “tercer hombre” con la que se pretendía poner en entredicho la teoría de las ideas platónicas por su “recurso al infinito”: ¿no se precisa una idea que dé cuenta de la idea de hombre? ¿Y otra que dé cuenta de ésta?

La característica funcional de la máquina cerebral –según el modelo de Damasio o Dennet– es que posee un flujo continuo de conciencia que produce versiones múltiples de la realidad, sobre las que se hacen periódicas calas analíticas, para crear realidades virtuales y actuaciones múltiples y oportunistas a las que sólo muy a posteriori se atribuye intencionalidad o sentido. Daniel Dennett, el más popular filósofo de la mente, resume esta paradoja diciendo que la fórmula «yo dirijo mi cuerpo» significa algo así como “mi cuerpo dirige mi cuerpo”.

Castilla del Pino, por el contrario, parte de la fenomenología cartesiana y acepta como autoevidente un sujeto fabricante de yoes adecuados a la situación. Para ello recurre a las vivencias de mismidad jasperiana cuya existencia se comprueba cuando la continuidad se rompe en la psicosis.

El sujeto sería igualmente necesario para responder a la pregunta “¿quién usa los sentimientos?”, que invierte el argumento del fantasma contra la teoría de los módulos cognitivos independientes. Sujeto imprescindible como límite con los otros, como marca de frontera es “aquel sistema orgánico mediante el cual este toma conciencia de sí mismo: sabe quien es él, quienes los demás” Sujeto, dice el autor, como sinónimo de persona, individuo, hombre.

Es cierto, afirma Castilla del Pino, que desde este sujeto se desarrollan estrategias conductuales que requieren yoes múltiples para adecuarse, por un lado, a la parcialidad de la relación sujeto-objeto,

siempre presidida por el egocentrismo y la disonancia cognitiva (lo que confirma el carácter de conflicto de la relación) y, por otro, a lo heterogéneo de las situaciones para las que se fabrican los yoes de actuación.

En mi opinión, el modelo de la interacción del sujeto que propone Castilla enlaza con el modelo dramático de la sociología de Goffman: toda situación, lejos de ser un consenso, una búsqueda de comunicación y autenticidad, constituye una pelea por “quedar bien en la actuación”, por “no perder poder o prestigio” en cuanto dicho desenlace lleva al “metasentimiento desvalorizador de la potencia del sujeto”. En ese sentido, Castilla del Pino se pronuncia contra los megalomaníacos intentos de crear una biografía total que descubra la verdad del sujeto o la autenticidad de la persona. Búsqueda de la verdad cuyo resultado suele ser una “falacia metonímica” que lleva a la rotulación de los sujetos como arquetipos: “actuó como un idiota, luego es un idiota”.

Debe resaltarse también que para Castilla del Pino esta teoría de los “yoes múltiples para la actuación”, fabricados por un sujeto como meta-yo o clase de todos los yoes, se opone a aquellos modelos sociológicos que suponen un Yo sucesivo como sustrato de nuestra actuación a lo largo de la curva vital. Sociólogos del prestigio de Elster proponen que mi yo de hoy es distinto del de mañana, esto es, hay un conjunto de Yoes sucesivos que deciden aquí y ahora, en cada situación, según un modelo de racionalidad tomado de la microeconomía –saca todo lo posible de la situación e invierte en ella lo menos

## LIBROS

posible. Esto permite a Elster definir las conductas patológicas como estrategias conductuales en las que mi yo actual se desentiende de mi yo futuro (fumo ahora porque me da placer aunque mi yo de dentro de treinta años padezca cáncer).

La conjunción de dos autores que cultivan disciplinas tan lejanas como Dennett y Elster nos pondría tras la pista de un modelo nihilista respecto a lo psicológico y descalificador de los “autoengaños del libre albedrío” que hoy es prácticamente dominante en la academia. Castilla del Pino se opone netamente a este modelo antisujeto. Si la mente carece de ejecutor central y sus funciones psicológicas son coaliciones temporales de neuronas jamás dirigidas por la neurona pontificia de James, si no existe un significador central que de sentido a nuestras percepciones, sino versiones múltiples sobre la realidad a las que a se asigna un significado —como en aquella broma del psicoanálisis, relatada por Dennett, de hacer que alguien con sus preguntas invente un sueño que cree descubrir y, en cambio, está inventando al hacer las preguntas—, si tampoco hay un escenario cartesiano unificador de percepciones, entonces la fenomenológica es una fantasía, el sujeto un simple centro al que atribuir narraciones. Sería un sujeto sucesivo que, como dice Dennett, se deshace y rehace a lo largo de la vida como un club al que uno se asocia y se da de baja: la identidad se parece a aquel barco griego tan rehecho que de la madera inicial solo tiene el nombre.

Para Dennett el sujeto es un Neme (un meme privilegiado) impuesto por las convenciones sociales para crear una fi-

gura forense, para responder la pregunta “¿a quien pertenece lo ocurrido?”. En definitiva sirve para cerrar la cadena causal: tal accidente de tráfico lo causo la niebla, el mal firme, el modelo de coche... y fulanito de tal que conducía el coche que causó el choque.

El Meme tendría el papel, según Dawkins, de fenotipo ampliado, tejidos de palabras similares a las telas de araña: “el hombre construye secuencias narrativas autoprotectoras de las que el yo es el centro de gravedad narrativo y desde donde se construyen historias de intencionalidad sin otra verdad que la que supone decir de nuestro coche ‘hoy derrapamos en las curvas’”.

Si en Hume el sujeto descompuesto en impresiones sólo logra hacerse presente de forma ficticia por asociación de ideas, la imagen de la máquina deseante popularizada por Deleuze en *El Antiedipo* sería el equivalente de lo que la metafísica humanística habría pensado como sujeto. Desde su formulación por Dawkins en *El gen egoísta*, los Replicadores de Información o Memes son el complemento cultural de la determinación genética de la sociobiología. La teoría memética, invierte la afirmación sociobiológica de Wilson —para quien “los genes meten en cintura a la cultura” (la selección desactivaría un modelo cultural que incitase al suicidio, en su ejemplo clásico contra A. Camus)— y afirma la capacidad de la imitación cultural para conducir las elecciones sexuales y dirigir los flujos poblacionales, permitiría de nuevo a las ideas sociales, una vez insaturadas en la mente, imponer su dirección a la deriva genética

Así, desde esta óptica neodarwinista, cada ser humano es una máquina fabricante de Memes y, por ello, un vehículo de propagación de esa ficción narrativa llamada sujeto, ficción introducida como un Neme o meme privilegiado en la máquina y copiada por su éxito reproductivo. En palabras de Dawkins: “no somos ni los esclavos de nuestros genes, ni agentes libres y racionales que crean cultura para nuestro propio disfrute, somos parte de un vasto proceso evolutivo en el que los memes son los replicadores evolutivos y nosotros las máquinas de memes”. Narrar nuestra vida como sujeto no sería desde esta óptica más que el triunfo de “este centro de imitación conductual para atribuir responsabilidad en la vida social”.

Frente a este modelo de biografía, el libro de Castilla del Pino afirma el sujeto semiótico que segrega sentido a su actuación desde que nombra su cuerpo y lo diferencia del medio con el que interactúa queriendo crear homeostasis y produciendo continuas hipótesis de intencionalidad. Este sistema sujeto le permite describir la conducta humana como una secuencia con sentido, una perspectiva alejada de ese sujeto-zombi dotado de falsa conciencia de libertad pero dirigido por ciegos procesos de genes, mecanismos cognitivos y copias culturales.

Por ello, Castilla del Pino plantea en el texto que comentamos lo imprescindible del sujeto como hipótesis funcional cuya ausencia imposibilitaría la comprensión de la interacción humana en varios niveles:

a) Sobre la inferencia no observa-

ble del sujeto se asientan todas las interacciones y sin la comprensión y la respuesta a las intenciones (verdaderas o falsas) del otro la conducta adecuada al contexto desaparece. Si tratamos de jugar al ajedrez sin atribuir al ajedrez electrónico las intenciones de darme jaque mate perderemos la partida y la paciencia imaginando los módulos eléctricos que trabajan para producir la posición de enroque. Si hacemos, como los autistas, interpretaciones literales de la pregunta de nuestro vecino comensal, “¿me puedes pasar la sal?”, y contestamos afirmativamente pero no ejecutamos la acción de pasársela saldremos de la actuación rotulados como maleducados o locos, según el contexto, pero en ambas situaciones estaremos comprobando la imposibilidad de la interacción en situaciones reales sin un sistema sujeto que fabrique esos yoes adecuados al contexto del ajedrez o la comida social.

b) La necesidad del sistema sujeto se muestra también cuando necesitamos disminuir el ruido o caos de unas interacciones que no pueden transcurrir en un presente continuo. ¿Cómo pasar de mi yo de esta noche a mi yo de mañana sin ese continuador del relato llamado sujeto? El horror de la *Metamorfosis* kafkiana procede de esa vivencia de posibilidad de pérdida de continuidad del sistema sujeto. Resulta evidente la necesidad de hacer coherentes y semiconstantes las relaciones con los objetos externos e internos, frente al horror de que cada relación sea cambiante y discontinua, como una representación literal de la teoría de los roles. De nuevo la psicosis sería la norma de acción en ese modelo de conducta sin sujeto, y ese sujeto múltiple se identificaría con los yoes de

## LIBROS

la actuación en un caos de interacciones gratuitas sin esa Memoria Episódica que me recuerda pasadas actuaciones y me remite a “mi repertorio de sentimientos” que me dotan y limitan para actuar como sujeto

c) La necesidad de la metonimia para totalizar las actuaciones propias o ajenas nos remite de nuevo, según mi lectura del texto de Castilla del Pino, a la hipótesis sujeto para proveernos de juicios sobre mi futura actuación o las de los demás y, así, fabricar yo es para el futuro. Aunque de nuevo Castilla del Pino nos previene del uso imprudente de la metonimia sobre el sujeto y nos alerta para no extender el significado de la situación a la “esencia” (ser idiota en una ocasión no es ser un idiota), la percepción de los límites de mi repertorio conductual o mis habilidades en la interacción justifican la caracterización de mi futura actuación con un yo reiterativo y ya previsto. Por eso mismo el haber descubierto como mendaz a una persona en múltiples conversaciones me autoriza a considerarlo como un sujeto mentiroso y proveerme de un yo desconfiado para mi próxima interacción con él. En caso contrario, si soy incapaz de aprender de la actuación, me arriesgo a ser reiteradamente engañado.

Un conocido experimento mental de Penrose saca a la luz hasta que punto es imprescindible el sistema sujeto intersituacional para nuestra previsión del yo futuro: si en el futuro existieran medios de transporte a lejanas galaxias no sería posible el traslado corporal y habría que recurrir al método de clonar en un escaner todas las proteínas que constituyen mi cuerpo y mi cerebro a las que se

incorporaría el chip de todas mis memorias. Una vez realizada esta duplicación la información se enviaría a la lejana galaxia donde otra máquina me reproduciría con idéntica composición protéica e informacional, mientras en la tierra se destruiría la copia actual de mi cuerpo. ¿Le seduce a alguien el viaje o prefiere seguir sin teletransporte pero con su cuerpo y su mismidad?

La lectura de los capítulos específicos sobre los sentimientos del libro de Castilla del Pino tienen otra virtud fundamental: descubrir el campo teórico en el que la psiquiatría se mueve y que no es otro que el de la Psicología Popular. Por más que no exista neurona pontificia, escenario cartesiano, por más que nuestra mente nos de versiones múltiples para un sujeto sucesivo, en la vida real necesitamos de un sujeto con mismidad que nos permita resolver los conflictos que toda relación supone.

Me parece que la mejor ilustración del modelo del sujeto que propone Castilla del Pino es un bello relato de Ferlosio. Un monje decide, en compañía de un discípulo, crear un convento que de cobijo a la vida santa de una serie de anacoretas que vagan por el desierto. Tiene un rostro deforme que parece mostrar una maldad que en nada responde a la belleza de sus deseos. Para llevar a cabo su actuación como abad se fabrica una careta de cera que simula un rostro de beatitud y bondad. Y de hecho la bondad preside toda su actuación vital durante los cuarenta años que dirige el convento. A su muerte, el discípulo que conoce el horror de su rostro, tentado por el demonio, decide descubrir a la comuni-

dad el engaño. Cuando en los funerales arranca la máscara de cera que disfraza al abad, descubre que el rostro es igual de bello que la máscara y que el rostro, como dice Castilla del Pino, obedece en cuanto actor a las exteriorizaciones del sujeto. En el primer capítulo de la Teoría de los Sentimientos se refiere Castilla a un experimento mental que articula una de sus tesis centrales acerca de la función de los sentimientos con su teoría del sujeto: ¿cómo sería un hombre sin sentimientos? Un robot dotado de todos los módulos cognitivos humanos pero carente de sentimientos, ¿puede simular la acción humana como el test de Turing imagina? Los televidentes de un film de ciencia ficción, *Star Trek*, apasionados por la navegación de la nave Enterprise conocen a tal personaje. Mr Spock cumple las condiciones del experimento: en su planeta Vulcano, asustados por las catástrofes ocasionadas por las pasiones, lograron imponer una raza sin sentimientos. Su comportamiento es a la vez absurdo e hiperadaptado: ante cualquier situación es incapaz de jerarquizar su actuación y obra con la misma urgencia ante un peligro mortal como ante una decisión trivial, pues todo lo juzga con el mismo valor afectivo.

La incapacidad de Spock para lograr una perspectiva, una jerarquía o unas urgencias en sus planes de pensamiento y actuación parecen una perfecta dramatización de como seríamos sin sentimientos: incapaces, como el ordenador, de decidir una perspectiva desde la que interpretar una situación o de definir un contexto, incapaces de definir límites a una interacción. Damasio –por quien Castilla muestra en su texto escaso aprecio – describe a un

paciente similar a Spock a cuenta de su lesión cerebral. Al ir hacia la clínica su ausencia de emociones ante el riesgo de la conducción sobre una carretera helada le sirve para conducir con más eficacia y menos pánico que los normales, lo que le libra de varios accidentes que ocurren por pisar el freno a causa del miedo. Por el contrario, le resulta imposible decidir una cita o organizar lo cotidiano a causa de la AKRASIA que genera la falta de sentimientos.

En el mismo sentido Castilla del Pino ejemplifica con el depresivo una situación donde la APATIA deja al sujeto sin deseo y, por tanto, sin capacidad de dirigir su atención de forma eficaz. La catástrofe cognitiva que cualquier test de inteligencia evidencia durante la fase depresiva de un sujeto dotado de inteligencia normal y que, sin embargo, puntúa como oligofrénica, es la traducción clínica de esa incapacidad para pensar que da la impotencia deseante a la que se refiere Castilla del Pino.

Esa fórmula, la necesidad de un sentimiento que en cuanto potencia pasional ponga en marcha todo la maquinaria mental, es uno de los grandes hallazgos de este libro. De hecho, creo que puede ser muy útil a la psicología cognitivista, pues remarca los procesos de atención y desatención selectiva como centro de las diferencias entre el ordenador y la mente que complementa la vieja teoría de la emoción como marcador mnemotécnico de lo importante en la experiencia vivida.

Mediante las emociones el sujeto humano adquiere una de las perspectivas de la realidad, atiende algunos de los datos

## LIBROS

de esa realidad y desatiende otros en función de sus apetitos respecto a los objetos de esa realidad. El ordenador rastrea los datos en un vacío de perspectivas privilegiadas que le impide encuadrar la realidad y por ello sobre-incluye datos sin jerarquizar que luego, por definición, es incapaz de procesar dentro de un contexto.

Las funciones apetitivas y expresivas que Castilla del Pino atribuye a los sentimientos describen de forma precisa esa característica específicamente humana de la "actuación en conflicto por el deseo de objetos" que hace que los sentimientos sirvan de lente y filtro de una realidad que el ordenador es incapaz de transformar en situación.

Con todo, según las hipótesis del libro de Castilla del Pino, el centro de la función sentimental lo constituye la capacidad de los sentimientos de organizar el eje axiológico de la realidad. Es decir nuestros juicios morales serían el resultado de un proceso de evaluación de los objetos de la realidad que partirían del egotismo y egocentrismo sentimental. Mfo y No Mfo serían los protojuicios de valor que llevarían del sentimiento a la calificación moral de Bueno o Malo.

Esta arriesgada tesis parte de lo que ha sido uno de los dogmas de la moderna filosofía del lenguaje en general y de Carnap, al que se cita en el texto, en particular: la pretensión de reducir la ética y la moral a la psicología. Coherente con ese proyecto, Castilla del Pino acepta la fórmula subjetiva de los valores que podía resumirse así: cuando digo que algo es bueno simplemente digo que yo apruebo

eso y exhorto a los demás a hacer lo mismo. En este sentido, "No mataras" podría expresarse como "no me gusta matar, haced vosotros igual". Del mismo modo, "es bueno lavarse las manos" significa "me gustan las manos limpias, laváoslas vosotros también". Toda vez que las palabras designan o hechos físicos o deseos, los valores no serán en ese modelo más que exhortaciones propagandísticas de mis preferencias. De ahí la propuesta reduccionista de la ética a la psicología.

Y en la asunción de ese modelo se sitúa nuestro autor con la afirmación, en el capítulo quinto del libro, de la equivalencia entre valores y deseos racionalizados o, lo que es lo mismo, todo valor moral remite a un sentimiento moral. De ahí la extraordinaria importancia que según Castilla del Pino tiene esa tabla de valores para la homeostasis humana, dada su habitual rigidez frente a la movilidad de lo real.

Este proceso lleva a Castilla del Pino a poner como ejemplo de depresión incurable un caso de quiebra de los valores basados en la religiosidad tradicional a causa del cambio de realidad que suscitó el Concilio Vaticano II. La anhomeostasis y rigidez de su tabla axiológica producirá en el beato paciente cordobés no una comprensible crisis moral, sino el derrumbe global de su auto-evaluación como sujeto a causa de la quiebra de su propia imagen que, en el caso de sistemas de valores tan rígidos como el del paciente descrito por Castilla, incapacitará al sujeto para rehacer la homeostasis mediante formas de vida más coherentes con sus valores. Esto cronificará la depresión o incluso llevará al sujeto al suicidio, como ocurre en otro

caso narrado por Castilla del Pino en el que un investigador, frustrado en sus proyectos por el imprevisible curso del desarrollo científico, comete suicidio.

Este análisis de la relación sujeto-sentimiento en la obra que comento, reafirma y afina los primeros trabajos de Castilla del Pino sobre la culpa, la dialéctica de la persona y la situación. Así, introduce el concepto de metasentimiento, un balance respecto a la consecución de objetos de deseo que genera patología.

Los sentimientos anormales y patológicos se articulan así en un perfecto esquema que ordena el habitual caos descriptivo de la psiquiatría teórica: la depresión como “desgana de objetos” frente a la pérdida objetual del duelo, los sentimientos neuróticos como extensión del paradigma fóbico de miedo basado en creencias. O la sugerente teoría de la histeria como caricatura patológica de las funciones expresivas y apelativas de los sentimientos.

Estas definiciones de la arquitectura sentimental se articulan a su vez con la teoría de Castilla del Pino acerca de la psicosis, el delirio y la alucinación que, en este texto, vuelve a formular como fracaso de la capacidad connotativa en el delirio y denotativa en la alucinación. Ambas figuras psicopatológicas constituyen “errores necesarios” a fin de salvar algún rastro tras el derrumbe de la propia imagen, cuando de nuevo un juicio de fracaso vital o indignidad preside el balance afectivo de la actuación del sujeto.

El texto de Castilla del Pino muestra una claridad y coherencia teórica que sus aprendices, entre los que me cuento, nunca le

agradeceremos bastante en estos tiempos en los que la incoherencia de una psiquiatría de inconfundible aroma americano no hace sino forzar falsas evidencias y absurdas tautológicas, en los que a veces, como aquella preñada, se puede estar delirante o psicótico pero solo un poco. Desde esa admiración por el maestro debo plantear también mis objeciones a su modelo emotivista de los valores, consecuencia del papel de ordenador axiológico que atribuye a los sentimientos.

Mis objeciones proceden una vez más, al menos inicialmente, del pensamiento etológico. Ya Lorenz interpretaba el decálogo mosaico como expresión de pautas innatas de conducta que la evolución ha ido seleccionando mediante la lenta eliminación de los grupos de individuos cuyo genoma les llevaba a no respetar el “no matarás intra especie”. Desde entonces, las corrientes neodarwinistas no han hecho sino progresar en el modelo de las líneas epigenéticas del comportamiento a fin de probar que nacemos con preprogramas específicos en el ámbito moral. Se trata de hipótesis complementarias del saber cognitivista que se ha dedicado a desarrollar las tesis neokantianas de Piaget —que supongo que merecerán el calificativo de “idealistas” o “metafísicas” por parte de Castilla del Pino, tras su toma de partido por Carnap— que muestran que el razonamiento moral es una adquisición universal e independiente del deseo en el niño, similar al concepto de equivalencia.

El niño, llegado a cierta fase de desarrollo, sabe que mentir está mal aunque le reporte ventajas en el logro de sus deseos. Por empatía juzga como malo el cumplimiento de deseos o la adquisición de ob-

## LIBROS

jetos que conllevan el daño de otros congéneres. Por tanto, el sujeto moral de esos experimentos piagetianos es menos egotista y egocéntrico que el proto-deseador de objetos que Castilla del Pino propone en su modelo de evolución sentimental: el juicio moral es algo primario, no reducible.

John Searle, sucesor de Castilla del Pino en el Premio de Ensayo Jovellanos, dedica varios capítulos de su libro *Razones para Actuar* a plantear argumentos en contra un modelo de la acción racional basada en el deseo. Afirma que ese modelo estándar de acciones causadas por deseo de objetos solo funciona en las adiciones. Por el contrario, según él, nuestra práctica racional cotidiana está basada en el respeto del cumplimiento de normas implícitas ya en el momento de iniciar una acción. Searle ejemplifica su aserto con el análisis de lo que ocurre tras pedir una cerveza en el bar: obviamente no evaluamos a posteriori nuestro deseo de pagarla sino en el momento de pedirla. El denso texto muestra la necesidad de suponer siempre una brecha entre el deseo, el pensamiento y la acción. Este hiato exige un continuo de decisiones, de actos de voluntad y compromisos con la verdad a fin de vencer esa AKRASIA –el “preferiría no hacerlo” del escribiente– que, según su análisis, preside la realidad de todo el proceso de la actuación humana en vez de ser una rareza, como supone el modelo clásico.

Uno de los más brillantes apéndice del libro es el dedicado a la mirada filosófica sobre los sentimientos y las pasiones. En él se hace una vindicación de Spinoza que inspira su tesis central acerca de la relación de la depresión con la carencia o la impotencia, frente a la potencia en el obrar

como alegría o plenitud que luego extiende a otras evaluaciones psicopatológicas. Se trata de una idea que continuará Nietzsche, clamando por gayas ciencias que, lejos de pretender verdades, acrecienten nuestra salud y nuestra voluntad de poder, vale decir con Castilla del Pino “de poseer de forma duradera buenos objetos”. En mi opinión, esta herencia filosófica de Castilla del Pino se combina con una sociología muy próxima a Goffman, que ya he comentado más arriba, en la que las interacciones cotidianas constituyen torneos de honor. En ellos la búsqueda de prestigio y narcisismo establece un contexto en el que el yo de actuación jamás puede definirse como auténtico y, por tanto, como bueno, sino únicamente como adecuado o “educado” a la situación.

De ahí que la buena vida sea, según el modelo de Castilla del Pino, tan difícil de auto-evaluar como de escribir en una biografía o autobiografía totalizante y que finalmente toda vida, como decía Ortega y citaba en otro texto nuestro autor, no sea sino la ruina de un proyecto. Un proyecto siempre mayor que las realizaciones vitales y que en el texto de nuestro autor caracteriza al hombre como un ser de sentimientos fáusticos, de deseos mayores que sus posibilidades de realización. La ciencia de nuestro autor deja en nuestros labios un cierto sabor melancólico, ciencia melancólica que contrasta, todo hay que decirlo, con la buena vida, con el ejemplo de actividad científica y virtud cívica que Castilla del Pino constituye para una tradición psiquiátrica en la que deseo incluirme y a la que este gran libro contribuye.

Guillermo Reduendes Olmedo